

ulterior, y P. Furio Filo para la citerior, recibieron por decreto tres mil hombres de infantería romana y ciento cincuenta de caballería; y además cinco mil hombres de á pie y trescientos de á caballo que debían tomar de los aliados del nombre latino; decretándose la Sicilia á L. Claudio sin nuevas tropas. Encargóse además á los cónsules alistar dos legiones completas en infantería y caballería y pedir á los aliados latinos diez mil hombres de á pie y seiscientos de á caballo. La leva fué muy difícil para los cónsules, porque la epidemia que el año anterior sufrió la raza bovina, atacó este año al hombre. Los enfermos rara vez pasaban del séptimo día; y los que curaban, permanecían por mucho tiempo dominados por el abatimiento que les producía la fiebre cuartana. La mortalidad era terrible entre los esclavos, encontrándose en las calles montones de cadáveres insepultos. La administración de los funerales apenas bastaba para atender á las exigencias de las personas notables. Los perros y los buitres no tocaban á los cadáveres, que consumía la putrefacción; y quedó terminantemente probado que ni aquel año ni el anterior, á pesar de aquella enorme destrucción de animales y de hombres, no se vió ni un solo buitre. La calamidad arrebató á los sacerdotes públicos Cn. Servilio Cepión, pontífice y padre del pretor; Tiberio Sempronio Longo, hijo de Tiberio, decenviro de los sacrificios; P. Elio Peto, augur, lo mismo que Ti. Sempronio Graco y C. Mamilio Vitulo, gran curión y el pontífice M. Sempronio Tuditano. Créose pontífices á C. Sulpicio Galba, en el puesto de Tuditano; augures á T. Veturio Graco Semproniano, en reemplazo de Graco, y á P. Elio en el de Q. Elio Peto; decenviro de los sacrificios á C. Sempronio Longo, y gran curión á C. Scribonio Curión. No cesando en sus estragos el azote, decretó el Senado que se consultasen los libros sibilinos, y según su deci-

sión se celebró un día de rogativas. Bajo el dictado de Q. Marcio Filipo, el pueblo pronunció en el Foro la fórmula del voto: «Si la enfermedad y la peste se alejan del territorio del pueblo romano, se celebrarán dos días de ferias y acciones de gracias.» En el territorio de Veyas nació un niño con dos cabezas; otro en Sinuesa con una sola mano; en Axima, una niña con dientes; en pleno día y con tiempo sereno apareció el arco iris por encima del templo de Saturno, en el Foro romano; brillaron á la vez tres soles, y en la noche de aquel día surcaron el cielo muchos meteoros por encima del territorio de Lanuvio. Aseguraban también los cerites que había aparecido en su ciudad una serpiente con crines y manchas de oro en el dorso, y era cosa averiguada que había hablado un buey en el territorio campanio.

En las nonas de Junio regresaron de África los legados, que vieron primeramente á Massinissa y después marcharon á Cartago, habiéndose enterado con más certeza por boca de aquel rey de lo que había acontecido en Cartago que por los mismos cartagineses. Aseguraron, sin embargo, haber adquirido el convencimiento de que habían llegado legados de parte del rey Perseo y que les habían concedido audiencia de noche en el templo de Esculapio. De Cartago habían enviado también legados por confesión del mismo rey, y si los cartagineses lo negaban era con mucha timidez. Opinó el Senado que se enviasen también legados á Macedonia y eligió tres: C. Lelio, M. Valerio Messala y Sex. Digi-cio. Por el mismo tiempo, irritado Perseo por la desobediencia de los dalopos y las pretensiones que habían tenido, en el litigio que les dividía, de apelar del rey á los romanos, marchó contra ellos al frente de un ejército y sometió á la nación entera á su imperio y á sus leyes. Atravesó en seguida la montaña de Oeta, y con objeto de desvanecer algunos escrúpulos religiosos que

atormentaban su espíritu, subió al templo de Delfos para consultar el oráculo. Su repentina aparición en el centro de Grecia, no solamente difundió profundo terror en las ciudades inmediatas, sino que produjo tal alarma, que llegó el rumor hasta el rey Euménio, en Asia. Después de permanecer tres días en Delfos, partió para la Phthiotida, la Acaya y la Tesalia, camino de su reino, sin causar daño alguno en los territorios que atravesó. No se limitó á ganarse el cariño de las ciudades que debía atravesar, sino que les remitió cartas ó envió legados para pedirles «que no recordasen ya las desavenencias que habían tenido con su padre, porque no habían sido bastante graves para no desaparecer con el mismo Filipo; y que no había obstáculo para que no pudiesen ajustar con él nueva y sólida alianza.» Su objeto principal era restablecerla con los aqueos. De toda la Grecia, solamente esta nación y la ciudad de Atenas había llevado su animosidad hasta cerrar su territorio á los macedonios; por cuya razón se refugiaban en Macedonia todos los esclavos que huían de la Acaya; porque habiendo cerrado sus fronteras á los macedonios, los aqueos no se atrevían por su parte á penetrar en aquel reino. Cuando se enteró de esto Perseo mandó prender á todos los esclavos y escribió... «qué por su parte debían atender también á evitar aquellas fugas.» Leyó esta carta el pretor Xenario, que personalmente buscaba la manera de conquistar el favor real, y la mayoría consideró aquella carta como escrita con notable moderación y benevolencia, especialmente aquellos que se veían á punto de recobrar, cuando ya no lo esperaban, los esclavos que habían perdido. Pero Calicrato, uno de los que hacían consistir el bienestar de la nación en la conservación de inviolable amistad con los romanos, se expresó en estos términos: «Algunos, ¡oh aqueos!, no ven en esto de que se trata más

que una cuestión de poca importancia, y yo veo que se prepara una decisión altamente grave, ó mejor dicho, que se ha tomado ya. Habíamos prohibido el acceso á nuestras fronteras á los reyes de Macedonia y á los mismos macedonios; existe un decreto por el que nos hemos comprometido á no recibir legados ni mensajeros de esos reyes, enviados para sondear las disposiciones de algunos de nosotros, y he aquí que en cierta manera prestamos oídos á una arenga de ese rey, aunque ausente, y ¡oh dioses! aprobamos esa arenga. Cuando las bestias salvajes desprecian algunas veces el cebo preparado para engañarlas y se alejan, nosotros somos bastante ciegos para dejarnos alucinar por la apariencia de mezquino beneficio; y esperando recibir algunos malos esclavos que nada valen, dejamos que combatan y minen nuestra libertad. ¡Pues qué! ¿no se ve claramente que se busca ajustar con el rey una alianza que comprometería el tratado con Roma, que es toda nuestra existencia? á menos que se dude que la guerra ha de estallar entre Perseo y los romanos, y que este acontecimiento que se esperaba en vida de Filipo, y cuya muerte suspendió la realización, se cumpla al fin después de él. Como todos sabéis, Filipo tuvo dos hijos, Perseo y Demetrio. El nacimiento de Demetrio, con relación á su madre; su valor, su elevado ingenio, el cariño de los macedonios, le daban grandísima superioridad. Pero habiendo hecho de su corona el precio del odio á los romanos, el padre hizo matar á Demetrio, sin poder censurarle otra falta que un principio de alianza con Roma: en cuanto á Perseo, á quien el pueblo romano veía dispuesto á heredar el odio de Filipo antes de heredar su trono, le hizo rey. Desde la muerte de su padre este príncipe no se ocupa de otras cosas que de preparativos de guerra. Para empezar, y con objeto de asustar á todo el mundo, lanzó á los bastarnos sobre la

Dardania; si hubiesen conservado aquella posición, la Grecia habría tenido vecinos más peligrosos que lo son los galos para el Asia. Obligado á renunciar á esta esperanza, no abandonó sin embargo sus proyectos de guerra, y, para decirlo de una vez, comenzó la guerra. Sometió á la Dolopia por la fuerza de las armas, sin escucharla cuando apelaba á la intervención del pueblo romano en la querrela. En seguida, atravesando el Oeta, como para que le viesen de pronto en medio de la Grecia, subió á Delfos. ¿Qué opináis de ese camino nuevo que tomó y de su objeto? En seguida recorrió la Tesalia; y si no causó ningún daño á un pueblo que detesta, ahora temo mucho más sus tentativas. Desde allí nos ha enviado un mensaje con pretendido regalo; y nos invita á que obremos de modo que nos preparemos para lo venidero la continuación del regalo, es decir, que suprimamos el decreto que excluye á los macedonios del Peloponeso; que veamos de nuevo entre nosotros á los legados del rey; que las casas de nuestros varones más esclarecidos estén llenas de sus agentes, y muy pronto las armas macedónicas y el mismo Perseo, pasando de Delfos al Peloponeso (¡que es el estrecho que les separa!) y vernos nosotros mismos mezclados con los macedónicos armados contra los romanos. Por mi parte opino que no debe darse ningún decreto nuevo; que es necesario mantenerlo todo hasta que hayamos podido asegurarnos acerca de si son quiméricos ó fundados nuestros temores. Si se mantiene la paz entre romanos y macedonios, continuaremos con éstos nuestra amistad y relaciones, pero en el momento actual parece peligroso y prematuro pensar en ello.»

Después de él, Arcón, hermano del pretor Xenarco, habló así: «Difícil ha hecho Calicrato la tarea para mí y para todos los que no opinan como él. A fuerza de defender la causa de la alianza romana, de decir que se

la combate de frente ó se socava, cuando nadie piensa en socavarla ó minarla, tan bien ha hablado, que parece no puede combatirse su opinión sin mostrarse adversario de los romanos. En primer lugar parece que no se encuentra aquí con nosotros, sino que acaba de salir del recinto del Senado de Roma ó del consejo privado de los reyes para saber y revelar tan perfectamente los actos realizados en secreto. Llega hasta adivinar lo que habría sucedido de vivir Filipo, por qué ha heredado Perseo su corona, lo que preparan los macedonios y lo que meditan los romanos. Pero nosotros que ignoramos por qué y cómo murió Demetrio, que no sabemos lo que habría hecho Filipo de haber vivido, debemos ordenar nuestras resoluciones por lo que se hace públicamente. Ahora bien; sabemos que Perseo, al recibir la corona, envió legados á Roma, y que Perseo fué llamado con el nombre de rey por el pueblo romano; sabemos también que vinieron legados de Roma á ver al rey y que fueron bien recibidos. En todo esto veo señales de paz más bien que de guerra, y no creo que los romanos se ofendan si, después de haberles seguido á la guerra, seguimos el ejemplo de paz que nos dan. No veo por qué hemos de ser los únicos que hagamos al reino de Macedonia guerra sin descanso. ¿A caso estamos expuestos por el hecho de nuestra proximidad á la Macedonia, ó somos el pueblo más débil, como esos dolopos á quienes acaban de sojuzgar? Todo lo contrario; nuestra fuerza, la protección de los dioses y el espacio que nos separa forman nuestra garantía. Pero nos encontramos sometidos, lo mismo que los tesalios y los etolios. Los romanos no nos otorgan más confianzas ni más favor, después de tan larga y fiel amistad, que á los etolios, que fueron sus enemigos. Tengamos para nuestras relaciones con los macedonios los mismos derechos que los etolios, los tesalios, los epirotas y toda la Grecia

en fin. ¿Por qué se nos ha de imponer á nosotros solos tan execrable abandono del derecho de gentes? Si Filipo por una sorpresa á mano armada, por una guerra verdadera, mereció que tomásemos contra él esa resolución, ¿qué ha hecho Perseo, príncipe nuevo en el trono, limpio de todo atentado y que borra con un beneficio personal las ofensas de su padre? Podría decir, sin embargo, que los beneficios que debemos á los reyes de Macedonia son bastante grandes para hacer olvidar las ofensas de Filipo, si es que las ha habido, sobre todo después de su muerte. Cuando la flota romana se encontraba en Cencrea, y el cónsul estaba en Elacia con su ejército, permanecimos tres días en sesión discutiendo si nos declararíamos por Filipo ó por los romanos. Admitamos que el temor de los romanos influyese en nuestros votos; algo había para hacer tan larga aquella deliberación; eran las antiguas relaciones con los macedonios; los antiguos y grandes servicios que los reyes nos habían dispensado. ¿No tendrán estos mismos motivos fuerza bastante, si no para establecer amistad, al menos para impedir enemistad profunda? Evitemos, ¡oh Calicrato!, suscitar una cuestión distinta de la presente. Nadie habla de alianzas nuevas, de tratado que hayamos de firmar y que nos comprometiese con lazos temerarios. Solamente se trata del derecho de reciproca extradición, que, levantando el interdicto de nuestras fronteras, levante también el que nos separa de aquel reino, para que nuestros esclavos no encuentren refugio. ¿Qué hay en todo esto contrario á los tratados con Roma? ¿Por qué convertir una cuestión pequeña en grande y reemplazar la publicidad con el misterio? ¿Por qué suscitar vanos temores? ¿Por qué, con objeto de tener ocasión de adular á los romanos, hemos de originar en otros odios y desconfianzas? En caso de guerra, ni el mismo Perseo duda que seguiríamos á los roma-

nos; y si la paz no pone término á los odios, al menos que les sirva de tregua. Esta oración obtuvo los mismos votos que el mensaje real; pero los varones influyentes se indignaron ante la idea de que Perseo obtuviese con pocas líneas lo que ni siquiera le había parecido digno de una legación; por este motivo quedó aplazado el decreto. Más adelante envió legados el rey á una sesión de la asamblea reunida en Megalópolis, y los que tenían empeño en no ofender á los romanos se esforzaron en impedir se les admitiese.

Por esta época, encendidos en furor de muerte los etolios unos contra otros, parecía que querían exterminar su propia raza. Cansados al fin los dos partidos, enviaron legados á Roma al mismo tiempo que trataban para el restablecimiento de la concordia; pero un atentado nuevo, que turbó las negociaciones, avivó los antiguos resentimientos. Los desterrados hipateos, del partido de Proxeno, habían conseguido la promesa de que les permitirían regresar á su patria, y Eupolemo, prefecto de la ciudad, les había empeñado su palabra; ochenta varones ilustres regresaron, pues, y encontraron al mismo Eupolemo, que salía á su encuentro, confundido con la multitud. Recibiéronle con cariño, le agasajaron, estrecháronse las manos, y en el momento en que pisaban la ciudad, á pesar de la fe jurada y con desprecio de los dioses, cuyo nombre invocaban, fueron asesinados, por lo que volvió á empezar con más furor la guerra. El Senado había enviado sobre el terreno á C. Valerio Levino, Ap. Claudio Pulquer, C. Memmio, M. Popilio y L. Canuleyo. En una explicación muy viva que tuvo lugar delante de ellos entre los dos partidos, en Delfos, pareció vencer Proxeno, tanto por la bondad de su causa como por la habilidad de la defensa; pero á los pocos días le envenenó su esposa Orthobula, que, por este crimen, fué condenada á destierro.

Los mismos furios ocasionaban en Creta iguales desgracias; pero la llegada de M. Minucio, enviado con diez naves, había hecho renacer la esperanza de la paz. Anteriormente habían mediado seis meses de tregua; pero la guerra renació muy pronto con más furor. También por esta época se quejaban los licienos de las vejaciones de los rodios. Pero no es propósito nuestro referir detalladamente las guerras que se hacían los pueblos extranjeros; escribir la historia del pueblo romano es tarea harto pesada y hasta superior á nuestras fuerzas.

Los celtiberos que Ti. Graco había traído en España á capitulación y sometido, permanecieron tranquilos mientras mandó la provincia el pretor M. Titinio; pero se sublevaron á la llegada de Ap. Claudio, comenzando por repentino ataque al campamento romano. Apenas despuntaba el día, cuando los vigilantes de las empalizadas y las guardias de las puertas vieron desde lejos venir al enemigo y dieron la alarma. Ap. Claudio dió la señal de combate, dirigió algunas palabras para exhortar á las tropas y las hizo salir por tres puertas á la vez. La resistencia de los celtiberos en el momento de la salida igualó al pronto las probabilidades del combate, porque los romanos, comprimidos en aquellos estrechos pasos, no podían pelear á la vez; pero á fuerza de empujarse y de seguir, concluyeron por salir todos de las empalizadas, desplegar su línea y extenderla á lo largo de las alas del enemigo que las rebasaban. Su acometida fué tan impetuosa, que los celtiberos no pudieron resistirla. Antes de la segunda hora estaban derrotados, resultando quince mil entre muertos y prisioneros, y treinta y dos enseñas cogidas. En el mismo día se apoderaron de su campamento y terminó la guerra, porque los que escaparon del combate se dispersaron en sus ciudades y en adelante fueron súbditos pacíficos.

Los censores de este año, Q. Fulvio Flaco y A. Pos-

tumio Albino, renovaron la lista de los senadores, siendo elegido príncipe del Senado el pontífice máximo M. Emilio Lépidio. Fueron borrados nueve senadores, siendo las exclusiones que produjeron más sensación las de M. Cornelio Maluginense, pretor en España dos años antes; la de L. Cornelio Escipión, pretor encargado entonces de la jurisdicción entre ciudadanos y extranjeros, y la de Cn. Fulvio, hermano germano, y según dice Valerio Ancias, hasta consorte del censor. Los cónsules, después de pronunciar los votos en el Capitolio, partieron para sus provincias. Uno de ellos, M. Emilio, recibió comisión del Senado para reprimir en Venecia una insurrección de los patavinos, entre quienes había encendido la guerra intestina una lucha de partidos, como habían dicho sus propios legados. Los legados enviados á Etolia para reprimir igual movimiento, escribían que no podía moderarse el furor de aquel pueblo. La llegada del cónsul salvó á los de Patavio, y no teniendo otra cosa que hacer en su provincia, regresó á Roma. Los censores fueron los primeros que arrendaron la pavimentación de las calles de la ciudad, el afirmado y marginado de los caminos y la construcción de pozos en multitud de parajes; destinaron un teatro para el uso de los ediles y pretores, mandaron construir barreras en el circo, huevos (1) para marcar las carreras; carros, metás, jaulas de hierro para llevar las fieras; hicieron pavimentar la subida del Capitolio, el pórtico que se extiende desde el templo de Saturno al cenáculo en el Capitolio y además la curia. El mercado situado fuera de la puerta Trigemina quedó pavimentado y rodeado de postes, reparado el pórtico Emi-

(1) Estos huevos eran de madera y estaban consagrados á Cástor y Pólux. Terminada la primera carrera, se quitaba uno; á la segunda otro, y así sucesivamente. Colocabanse sobre dos ó cuatro columnas cerca de las metas del circo.

lio y contruídos escalones para subir desde el Tíber al mercado. Fuera de la misma puerta se pavimentó el pórtico que lleva al Aventino, y con los productos del mercado lo continuaron partiendo del templo de Venus. Adjudicaron también la construcción de las murallas de Calacia y de Auximo; y con el producto de los terrenos que vendieron allí, hicieron rodear de tiendas el Foro. Uno de ellos, Fulvio Flaco (porque Postumio decía que sin orden del Senado y del pueblo no emplearía el dinero), hizo construir un templo á Júpiter en Pisauro y en Fundi; concedió un acueducto á Polencia y pavimentos á Pisauro y Sinuessa. En estas mismas ciudades hizo construir cloacas circulares, galerías y tiendas que rodeaban el Foro y tres Janos. Todos estos trabajos, obra de un solo censor, produjeron en los colonos profunda gratitud. En lo tocante á la moralidad pública, aquella censura fué vigilante y sincera y dió excelentes resultados. Muchos caballeros perdieron sus caballos.

Casi al terminar el año hubo un día de acciones de gracias por las victorias conseguidas en España bajo el mando y auspicios del procónsul Ap. Claudio y un sacrificio de veinte víctimas mayores. Otras rogativas de gracias en los templos de Ceres, de Líber y de Libera, por la noticia que se recibió de un gran terremoto en la Sabina y el derrumbamiento de multitud de casas. Al regreso de Ap. Claudio de España á Roma decretó el Senado que entrase con los honores de la ovación. Acercábanse ya los comicios consulares, siendo muy animados los trabajos á causa de la multitud de pretendientes. Los votos recayeron en L. Postumio Albino y M. Popilio Lenas. En seguida crearon pretores á N. Fabio Buteo, M. Maciano, C. Circeyo, M. Furio Crassipo por segunda vez, A. Atilio por segunda vez también y C. Cluvio Saxula, que se encontraba en el mismo caso.

Terminados los comicios, Ap. Claudio Centho, que regresó de la España celtibérica, entrando en Roma con los honores de la ovación, llevó al Tesoro diez mil libras de plata y cinco mil de oro. Cn. Cornelio fué creado sacerdote de Júpiter. Aquel mismo año se colocó un cuadro en el templo de Madre Matuta con esta inscripción: «Bajo el mando y auspicios del cónsul Ti. Sempronio Graco, la legión y el ejército romano subyugó la Cerdeña, en cuya provincia perecieron ó fueron hechos prisioneros más de ochenta mil enemigos. Después de afortunada administración, después de restablecer los tributos de que se habían eximido, trajo su ejército salvo é incólume á su patria con rico botín. Triunfando por segunda vez, entró en Roma. Como muestra de gratitud, consagra este cuadro á Júpiter.» En él estaba dibujado el mapa de Cerdeña y pintadas las batallas. Aquel año se celebraron algunos combates pequeños de gladiadores; siendo el más notable el que dió T. Flaminio con ocasión de la muerte de su padre, que duró cuatro días con distribución de carne, festín y juegos escénicos. Pero aquella gran solemnidad se redujo al corto número de setenta y cuatro combatientes para cuatro días.

Señalóse el final de este año por una ley nueva y muy importante, que preocupó mucho á Roma y agitó algo los ánimos. Hasta entonces tenían derecho á ser herederas las mujeres lo mismo que los hombres, resultando que los bienes de familias principales pasaban frecuentemente á casas extrañas, con grave daño de la república, cuyo interés exige que el heredero de un nombre tenga caudal que sostenga y realce el esplendor de su estirpe, que en último caso, antes es carga que honor. Además, el aumento del imperio llevaba consigo el de los caudales particulares, haciendo temer que la propensión natural de las mujeres á entregarse

al lujo y la elegancia de los trajes, encontrábase aguijón demasiado vivo en aquella afluencia de riquezas; que esta pasión las llevase á excesos de gastos y disolución; que se abandonasen tal vez los caminos del antiguo pudor, y que á la alteración de las costumbres se añadiese hasta la de los trajes. Teniendo decidido empeño de evitar estos inconvenientes, el tribuno del pueblo Q. Voconio Saxa propuso «que se prohibiese á todo ciudadano incluido en el censo desde la censura de A. Postumio y Q. Fulvio designar por heredera mujer virgen ó casada; que se prohibiese á toda doncella ó casada recibir por herencia bienes por valor de más de cien mil sextercios.» Pero Voconio quiso evitar el caso, bastante frecuente, en que el montante de los legados excediese al de la herencia, y añadió á la proposición: «Que se prohiba á todos hacer legado superior á la parte del heredero ó herederos.» Esta última cláusula obtuvo fácilmente la aprobación del pueblo, porque la encontraban perfectamente fundada en justicia y á nadie perjudicaba. Pero la primera, que excluía totalmente á las mujeres de las herencias de todos los ciudadanos, ofrecía campo á la controversia. M. Catón desterró las dudas; con su defensa de la ley Oppia se mostró adversario de las mujeres é infatigable perseguidor suyo, apoyando ahora con voz tonante y asombrosa fuerza de pulmones, á pesar de sus sesenta y cinco años de edad, aquella nueva ley más importante aún contra ellas, y empleó su acostumbrada rudeza en declamar contra los excesos de las mujeres y su intolerable orgullo en la opulencia. El argumento que empleaba principalmente para hacer resaltar la vanidad y arrogancia de las mujeres, era: «que frecuentemente después de llevar crecida dote á sus maridos, retenían y guardaban para ellas grandes cantidades; que después prestaban á sus maridos, á petición de éstos, reservándose, siempre que se

enojaban, enviar en seguida su siervo recepticio para que solicitase el reembolso, sometiendo de esta manera al marido, como si fuese un extraño, á odiosa persecución.» Tanto irritó este argumento, que hizo aprobar la ley tal como la proponía Voconio.